

Estaban destrozando al rey que había firmado el tratado de paz y probablemente le cortarían el pescuezo.

Esa noche estábamos mirando con el anteojo de larga vista aquel mirador del palacio que iluminaba el sol poniente y se apoderaba de nosotros una gran curiosidad por asistir en aquella morada impenetrable, á escenas entre seres invisibles.

Según las últimas noticias, el partido de la guerra es el que triunfa. El obispado, la legación francesa están amenazados por las turbas. Y no hay medio de enviar un solo hombre á tierra por encima de aquellas olas huecas, tampoco se puede bombardear al azar, en medio de toda aquella gente donde hay muchos de los nuestros. De manera que hemos de resignarnos á permanecer allí, hastiados como siempre é impotentes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI.

1.º de Diciembre de 1883.

Todo se ha arreglado una vez más; con el rey nuevo se ha producido la tranquilidad en la ciudad amurallada y henos aquí otra vez en nuestra bahía de destierro.

Hoy se acaba de erigir en Tuzane la primera muestra escrita en Francés: *Shang-Hoo, proveedor de la marina*: palabras que se leen en una planchuela en el extremo de un gran palo: no es casi nada y, sin embargo, desentona ya en medio de aquel pueblecillo de pagodas y de polvo.

A bordo, aquel *Shang-Hoo* ha recibido de nuestros timoneles el nombre de *Chico verde*, á causa del color habitual de sus trajes. Atraído al país por nuestra presencia, se ha convertido poco á poco, con una cierta gracia insinuante, en nuestro indispensable familiar. Proveedor de todo, muy asequible, muy astuto, muy gracioso, cuidadoso de su persona y de su elegante coleta, tan delgada como un bambú y oliendo á sándalo.

En sus almacenes improvisados, que son cobertizos de caña á orillas del río, se desviven unos empleados muy gruesos, con la coleta sedosa, las medias estiradas, el estómago desnudo, exhibiendo con complacencia su obesidad de mascarón. Un buddha mural, también panzudo, preside á las transacciones. Se vende carbón de piedra, bueyes vivos, rosarios de sapeques, sacos de arroz, jarras de Sam-Chou. Todas estas cosas *huelen* mucho á *chino* dentro del almacén, como dicen nuestros marinos, y los altos bambús agitan encima su follaje delgado, en que danzan en nubes los mosquitos.

La señora Shang-Hoo, que acaba de llegar de Cantón, indolente y melindrosa, tiene los ojos tan remangados que sus pupilas, siempre agitadas como su abanico, parecen girar de arriba abajo, bamboleándose respetuosamente sobre sus pies de muñeca.

Combinando sus dos figuras se pierde uno en suposiciones sobre lo que podrá ser la cara de un Shang-Hoo pequeño cuya venida al mundo se nos anuncia para el mes próximo.

XII.

En la cima de una montaña, un día de lluvia. Vacío y silencio. A mis pies, verdes inclinaciones descendiendo hacia el mar profundo.

Yo estaba de servicio en lo alto, enviado por el comandante para hacer un trabajo de triangulación; comprobar la orientación de un golfo.

El *timonel de relojes* me asistía en esta empresa y habíamos instalado con cuidado nuestros instrumentos de cobre sobre una roca tapizada de finos helechos.

Otras montañas todavía más elevadas desplomaban sobre nosotros sus masas y sus verdores; de cuando en cuando bajaban nubes grises, que al pasar nos inundaban. Muy silenciosos é inmóviles bajábamos bajo las tempestades, esperando los claros del horizonte para tomar aquellos cabos lejanos que se velaban siempre bajo brumas nuevas.

Esperándolo así, nuestros espíritus se habían ido muy lejos. El marinero—un landés—soñaba, sin duda, en sus bosques de pinos. Por lo que á mí toca, yo procuraba figurarme que estaba en Dalmacia; la ilusión había comenzado por sí, producida por aquel aire vivo de las alturas, por aquellas inmensas pendientes llenas de bosques y por aquel mar que se oía á lo lejos....

El país de Cattaro, las campiñas pastorales en la vertiente del Adriático—verdaderamente que aquel rincón de Asia se parecía mucho á él. Amarillis encarnadas, flores chinas, imitaban aquellas tintas brillantes que los granados de nuestras zonas lanzan sobre las montañas, y unos arbustos de florecillas blancas ocupaban el lugar de las matas de mirtos.

Cerrando los ojos á medias, para mirar como al través de un velo, me hundía poco á poco en mi sueño profundamente. Mis impresiones de aquellos países se representaban muy claras, muy vivas; aparecían hasta crueles, con la tristeza palpitante de las cosas pasadas que no deben volver jamás....

El golfo de Cattaro—un tibio otoño, un poco melancólico—contemplaciones en las lindes de los bosques—sueños bajo los mirtos—y cierta nieta de Herzegovina, paseando cada día sus carneros en soledades tranquilas.

En medio de aquel silencio de la montaña y del espacio, de pronto un ruido ligero, manos bastante finas, que parecían llevar guantes color perla, separaban las ramas y nos miraban; eran dos grandes monos.... Especie de oranges, con cara de hombre sonrosada y con barba blanca. Ya debía hacer tiempo que andaban detrás de nosotros; adivinando que no trabajábamos en ninguna cosa mala, nos examinaban con una intensa curiosidad humana, guiñando muy de prisa sus claros ojos.

El marinero, sin sonreír siquiera, les bosquejó una reverencia, y luego les hizo con la mano uno de esos gestos amables, que en todas las lenguas del mundo quieren decir: «Pero, señores, adelante, etc.... Tendremos mucho gusto.»

Esto les asustó, y cayendo sobre sus cuatro patas como simples animales, partieron á escape.

Les seguimos con la vista en su fuga entre los jazmines y los bosques verdes.

Al correr no se parecían ya más que á grandes lebreles, que no conservaban de lo humano más que su cabeza inquieta y su barba de ancianos.

XIII.

Pasos rastreros sobre las baldosas y el rumor de un sollozo. Hacía mucho tiempo que estaba quieto en un rincón obscuro de aquella pagoda, embrollándome en copiar los monstruos, las quimeras, toda la pesadilla que se desarrollaba en el techo. Entonces volví la cabeza para ver quién iba á entrar.

Una vieja, muy vieja, miserable y casi desnuda. Llevaba tres escudillas de arroz y de pescado y tres velitas de color de rosa. Había venido, sin duda, desde muy lejos; estaba como derrengada por el cansancio, y su pena parecía horrible. Todo su haber de viejecilla abandonada debía haberse invertido en comprar aquella pequeña ofrenda que vino á colocar ante el altar delante del Dios sonriente, colosal, brillante de oro. Y luego comenzó á tocar el gong y la campana de los espíritus como para decir: « Ven á ver, Budda, lo que he puesto aquí para tí; me he esmerado todo lo posible en

este regalo; ten piedad y compasión de mí y concede lo que te pido....»

Las velas acababan de consumirse, las moscas bajaban á las escudillas, comiéndose la ofrenda—y la pobre vieja se iba.

Exhaló un gríto desgarrador y de pronto se volvió hacia el altar. Algo había que le decía que su ruego no había sido acogido—y, sin embargo, aquel presente era todo lo que había podido ofrecer á su Dios. Volvía casi corriendo y pegaba en el gong y llamaba con todas sus fuerzas con sollozos y gritos de angustia.

—¡Boum, boum, boum! ¡Drelin, drelin, drelin!—sin descansar y con rabia:—¡Budda, no me has oído, no me has mirado siquiera; no es posible que tú seas tan cruel, que no me escuches, que yo sea una vieja tan desgraciada!

Y por su rostro de pergamino amarillo iban cayendo las lágrimas.

Silvestre, que tiene en Bretaña una abuela muy pobre, se levantó el primero para ofrecerle todo lo que llevaba encima, unos cinco francos en sapeques. Yo también le dí mi bolsillo, y nos dió

las gracias llena de confusión con grandes *tchint-chines*. Algo era aquella fortuna inesperada; mas á pesar de ello no quedó consolada. Ella nos lo expresó por señas; había venido á pedir otro favor, que excedía del poder de las piedades humanas....

XIV.

14 de Diciembre.

Día agitado. Gran viento de Este, cielo sombrío. A la vista de Thuan-an desde hace dos días. No pudiendo sostener aquel fondeadero, ha habido que recoger trapo con mar gruesa, maniobra peligrosa, y luego marcharnos á Tuzane, que es nuestro refugio habitual.

Y yo hacía mi servicio, que era bastante duro, sin embargo, con más *afecto* que de costumbre, preguntándome tristemente si no sería por última vez.....

Porque un correo que ha pasado ayer me ha traído una orden bien inesperada de volver á París. La *Correze* es el transporte que me llevará á Francia; al volver de Ha-Cong se detendrá en Tuzane lo suficiente para recogerme—y se nos anuncia su paso para mañana.—Siempre precipitadas estas cosas de marina.

A las dos estamos ya en nuestra bahía de Tu-

zane, donde el mar está tranquilo. Entonces hay que hacer el equipaje á toda prisa. Todo está revuelto en mi cuarto. Unas cajas pedidas con urgencia al *Chino verde* llegan en un champán. Silvestre se apresura, teniendo mucho calor; hay otros tres que trabajan á sus órdenes en embalajes complicados, habiéndose desnudado todos para estar más cómodos.

Llega la noche y me encuentra preparado. Pronto á seguir mi destino y á decir adiós á mis pobres compañeros de destierro. Mucho siento separarme de todos ellos..... Y no me duermo hasta muy tarde, trastornado por aquel cambio repentino en mi vida.

Sábado 15 de Diciembre de 1883.

Despertado muy de mañana por un gaviero que canta debajo de mi porta una antigua canción de Bretaña, muy monótona, de una tristeza antigua, tiempo tranquilo, puro, exquisito, cada vez más raro en aquella estación y en aquel país de nubes y de tempestades. Las montañas irisadas, el mar muy azul, es el reflejo dulce, la verdadera limpi-

dez profunda de los trópicos, y todo esto tranquiliza después de aquellos vientos y de aquellas lluvias.

Nada que hacer: he declinado mi servicio, mis baúles están cerrados, Silvestre ha acabado de embalar mis buddhas y mis mascarones, que están en traje de viaje y prontos á seguirme.

Yo creo que en mi vida agitada nunca había conocido una partida tan tranquila. Todo el día me lo paso mirando al horizonte, al rompimiento de alta mar, acechando aquel *Correze* que va á venir á buscarme: pero nada se ve, nada más que la población de champanes de alas blancas. Shang-Hoo, el «chino verde», llega por la noche para despedirse, con un soberbio traje de seda brochada que ha recibido de Cantón para la estación fresca.

Cuando baja el sol, hace casi frío, y la sensación de Diciembre se experimenta bien. No hay *Correze*: una noche más en aquella bahía, entre aquellas sombrías montañas que me han tenido prisionero cinco meses y que sin duda no volveré á ver nunca. A la caída de esta última noche las miro con un poco de tristeza..... Es muy extraño

esto de que á todo se le tome afición..... Sobre el amarillo pálido del poniente son las montañas absolutamente negras, hasta las más lejanas; no se tiene ya noción de las distancias, parecen una misma pieza de pizarra de pie en silueta sobre el fondo glacial de un cielo de invierno.

Aquella *Correze*, según nuestros cálculos, tenía que llegar por lo menos hoy; mucho se retrasa; vendrá tal vez mañana por la mañana.

Después del zafarrancho de la tarde, recibo en mi cámara visitas de amigos «de la vecindad» para recomendaciones, encargos para Francia, despedidas. El último que llega es Silvestre, á eso de las nueve, al parecer para ver si no hay nada que arreglar. Me trae muy tímidamente una estampita que procede de su primera comunión y que era para él una cosa así como su amuleto: «Si quisierais llevarla, capitán, como recuerdo.» — Piensa también que me protegerá, porque esa llamada á Francia..... él y mis bravos gavieros, que no han comprendido mucho, se imaginan no sé qué de lo que me va á suceder, de lo que me van á hacer.....

He guardado preciosamente su pobre regalito. Representa un niño de rodillas en medio de una tempestad muy negra con esta inscripción: «Las grandes aguas me rodearon, pero me habéis socorrido ¡oh Dios mío!»

Después le he hecho que se siente un instante como en visita, él también, y hemos hablado de Bretaña. Puesto que algunas veces tengo que hacer hacia su país de Goëlo, se ha convencido que irá á verle á la cabaña de su abuela en Ploubazlanec. Está próximamente cerca de Plouherzel la aldea de Ives, á media hora de marcha del otro lado del puente de Lezardrieusc; le avisaré por carta, y él saldrá á mi encuentro hasta la entrada del puente.

Entonces le veo muy pensativo; ¡está tan lejos, mirada desde aquí, aquella Bretaña!..... Verse de regreso en su aldea, bajo el cielo gris, y salir á mi encuentro á esperarme, ¿son cosas que efectivamente habrán de suceder? Es extraño pensar todo esto cuando se está en Anam, y hay como un velo sobre el país tan amado.....

Y luego se preocupa repentinamente acerca del

recibimiento que habrá que hacerme, y dice bajando la cabeza: del mismo modo que mi hermano Ives:—«Sabe usted que en casa.... hay techo de paja.»—¡Pobre niño grande! Ante esta confesión del techo de paja, le estrecho la mano y le mando á la cama. Si supiese cuánto adoro los techos de paja, los viejos techos bretones!....

Por fin, llega á la noche la *Correze*, que me debe llevar. Me despierta el ruido de las olas que produce al pasar cerca de la *Circe*, y por el canto de los sondeadores. Vamos, esta vez la partida va de veras, el fin de aquella etapa de mi vida; y todos los fines son tristes, hasta el del destierro, á lo que parece.

Domingo 16 de Diciembre de 1883.

Un tiempo magnífico. Por la mañana la agitación de los últimos preparativos de la partida; á las nueve la *Correze* debe aparejar. Allí están todos mis fieles, Silvestre y mis gavieros, estorbándose unos á otros para acabar de atar mis equipajes, agolpándose á mi puerta para decirme

adiós. Da gusto ver cómo sienten que uno se vaya aquellos muchachos tan valientes.

Los compañeros de «vecindad» me abrazan; los hay mal despiertos, á medio vestir, para acompañarme; y cuando hay que separarnos, cuando hay que bajar al bote que me espera, siento el corazón cruelmente oprimido.

La *Correze* está en aparejo, ya casi en marcha cuando un champán, el del Mandarín, se apresura para llegar, haciendo señas para que le esperen; es el *chino verde* que me envía un cierto té muy fino para la marcha.

Pasamos cerca de la *Circe*, donde la tripulación está formada en el puente, para la inspección de domingo por la mañana. Gorras de Oficiales, boinas de marinos se agitan en el aire, y me siento triste hasta derramar lágrimas cuando veo que todas estas cosas se alejan; que la *Circe*, seguida con la vista mucho tiempo, acaba por desaparecer.

XV.

Todo huye muy de prisa, borrándose en lo azul. Antes de mediodía estamos en alta mar.

Entonces viene aquella paz del mar, del mar que cambia y lo borra todo; es como una raya azul trazada sobre aquel tiempo que acaba de espirar. Y en medio de aquella paz, la *Circe* y la bahía de Tuzane se desvanecen como en una extraña lontananza, dejándome apenas un recuerdo. Sabía bien que así había de suceder; pero esta rapidez me confunde. En suma, solamente el amor de lo que ha podido hacerme tomar un afecto duro á ciertos lugares de la tierra.....